



EN EL
Bosque
DE LAS
Historias Olvidadas

SHEA ERNSHAW

AUTORA BEST SELLER DE
LA MALDICIÓN DEL MAR

Travis Wren tiene un talento inusual para localizar a gente perdida. Contratado como último recurso por familiares desesperados, tan solo necesita un objeto para encontrar a la persona que ha desaparecido.

Cuando acepta el caso de Maggie St. James, una conocida autora de libros infantiles oscuros y macabros, termina en un lugar que muchos creían que era tan solo leyenda. Conocida como Pastoral, esta comunidad solitaria fue fundada por personas de ideas afines que perseguían una forma de vida más sencilla. Pero poco después de que Travis encuentre el lugar... desaparece. Como Maggie St. James.

Años más tarde, Theo, habitante de toda la vida de Pastoral, descubre el camión abandonado de Travis más allá de los confines de la comunidad. Nadie puede entrar en ella ni abandonarla, porque siempre hay un precio que pagar: la podredumbre.

Al desentrañar el misterio de lo que sucedió, se revelan secretos que Theo, su esposa, Calla, y su hermana, Bee, se ocultan entre ellos. Misterios que demuestran que su mundo perfecto y aislado no es tan seguro como ellos creían, y que la oscuridad puede adoptar muchas formas.

Para Jess, mi agente.

*Siempre hay peligro para aquellos que lo
temen.*

GEORGE BERNARD SHAW

ZORROS Y MUSEOS

Fragmento del libro uno de la serie *Eloise y el zorro*

Por la ventana del dormitorio de Eloise asomaban los ojos verdes de un zorro.

Era miércoles y hacía ya tiempo que el sol se había ocultado más allá de los árboles susurrantes. Eloise tendría que estar durmiendo, pero no dejaba de pensar en el bosque, en el fuerte que su hermano pequeño y ella habían construido en la base de un pino, en si sería lo bastante robusto para soportar las tormentas del invierno.

Tenía que ser un sueño; esos ojos que la miraban desde el otro lado del cristal, con la nieve arremolinándose en el pelo de la cara puntiaguda. Era raro ver un zorro en la profundidad de las montañas. Pero los sueños también solían ser raros. Eran rocambolescos e indulgentes. Eloise ya nunca veía imágenes cuando dormía. El mundo no permitía los sueños.

Incluso las pesadillas eran escasas.

Primera Parte

El granero

LA MUERTE SUELE DEJAR SIEMPRE MIGAS, PEQUEÑAS PARTÍCULAS del pasado que se enredan, asientan y empapan. Un mechón de pelo cobrizo con el folículo intacto, arrancado del cráneo, enganchado en la bisagra de una puerta o en unos dedos fríos. Unas gotas de sangre y piel, descuidadas en el desagüe de una bañera que deberían de haber limpiado.

También los objetos dejan pistas: una pulsera rota por el enganche, olvidada en la tierra fangosa; una zapatilla perdida en medio de una pelea detrás de la rueda de una camioneta; unas lentillas que se han caído mientras alguien pedía ayuda a gritos en una zona oscura y oculta de un aparcamiento desde la que nadie podía oírle.

Estas cosas, estos enseres, me cuentan dónde ha estado una persona. Los últimos pasos que ha dado.

Pero no del modo que podría imaginarse.

El pasado se abre ante mí, las imágenes aparecen reflejadas en mis córneas y me revelan las horribles miradas en los rostros de los que han desaparecido. De los que se han perdido y nunca regresarán a casa.

Las veo en una especie de presentación de diapositivas en *stacatto*, como en las películas antiguas en blanco y negro. Es terrible sostener un objeto y ver la imagen fantasma de la persona a la que perteneció, sus últimos minutos, temblando y sacudiéndose, como si yo mismo me en-

contrara justo ahí. Presenciar el final triste y monstruoso de la vida de una persona.

Pero esas cosas... esas habilidades no se pueden devolver.

La nieve choca contra el parabrisas de la camioneta, helándolo, y crea una delgada capa parecida a un encaje. La calefacción dejó de funcionar hace tres días y me tiemblan las manos dentro de los bolsillos del abrigo mientras miro por la ventanilla la gasolinera con área de servicio Timber Creek, un pequeño escaparate con luces de neón a las afueras de un pueblo de montaña sin nombre. Con esta nieve, tan solo puedo vislumbrar una colección de casas hundidas entre los pinos y muchos negocios que llevan bastante tiempo cerrados. Solo siguen en pie y en funcionamiento la pequeña estación de bomberos, el servicio de grúa y la gasolinera. En el exterior de la gasolinera hay una pila de leña con un cartel en el que dice: \$5 EL PAQUETE. AUTOSERVICIO. Y en letra pequeña: EL MEJOR PRECIO DE LA MONTAÑA.

Este pueblo es una mera cáscara, podría ser borrado fácilmente del mapa por una ráfaga de viento o un incendio difícil de contener.

Abro la puerta de la camioneta, las bisagras oxidadas protestan por el frío, y salgo a la noche sin estrellas. Las botas dejan huellas profundas en los cinco centímetros de nieve fresca y recorro el aparcamiento hasta la puerta principal de la gasolinera. El aire frío del invierno me adormece las orejas y la nariz, y el aliento se torna una nube de escarcha blanca.

Cuando abro la puerta de la gasolinera, me recibe una bocanada de aire cálido, estancado, con un espeso olor a aceite de motor y perritos calientes quemados; me quedo un instante aturdido. El polvo cubre todas las superficies y los pocos artículos que hay (pan blanco, *Pop-Tarts* y unas cajas de cereales de viaje) parecen parte del decorado de

una película de otra época con los logos descoloridos por el sol y caducados. En el fondo de la tienda hay un frigorífico viejo con cerveza, cartones de leche y bebidas energéticas.

Este lugar no está embrujado como otros que acostumbro ver, está paralizado en el tiempo.

En el mostrador, una mujer de pelo gris y piel todavía más gris está sentada en un taburete bajo las mareantes luces fluorescentes. Tamborilea con los dedos en la superficie de madera del mostrador, como si estuviera dando golpecitos a un paquete de tabaco, y me dirijo hacia ella.

A la izquierda de la caja registradora hay una cafetera cubierta de una capa gruesa de polvo y siento la tentación de alcanzar uno de los vasos de papel que hay apilados y llenarlo del líquido estancado y tibio que aguarda dentro, pero sospecho que el sabor se parecerá al aspecto: a neumáticos grasientos. Vuelvo a mirar a la mujer con los puños apretados en los bolsillos y noto la quemazón de la sangre, que regresa a los dedos.

La mujer me mira con impaciencia y cierta sospecha. Conozco esa mirada: no le gusto a primera vista. La barba que me he dejado crecer este último mes no siento bien a los rasgos de mi cara, me hace parecer diez años mayor, un perro sarnoso. Incluso después de una ducha sigo con aspecto salvaje, bárbaro, el aspecto de alguien en quien no se puede confiar.

Le sonrío e intento mostrarme condescendiente, inofensivo, como si verme los dientes le diera cierta seguridad. No es así. La expresión amarga de su rostro se vuelve más intensa.

–Buenas tardes –comienzo, pero la voz suena grave, inquieta; la falta de sueño me delata. La mujer no dice nada, sigue observándome con los ojos pálidos, como si estuviera esperando a que le pidiera el dinero de la caja registradora—. ¿Le suena una mujer llamada Maggie St. James? –pregunto. Esto se me solía dar bien: convencer a la

gente de que confíe en mí, que me facilite detalles que nunca contaría a la policía, que me revele hasta el más mínimo recuerdo que guarda. Pero hace tiempo que perdí ese talento, quedó sumergido, como una inundación que arrasa un sótano.

La mujer resopla mostrando cierto interés y me llega el tufo a tabaco, un olor a ceniza y sal que me recuerda a un caso del que me encargué en Ohio hace tres años, de un niño desaparecido que estaba oculto en una casa de dos plantas abandonada detrás de un aparcamiento de caravanas; las paredes de la casa tenían el mismo olor, a sal y humo, como si se lo hubieran restregado por todo el papel pintado con estampado de narcisos y helechos.

—Por aquí a todo el mundo le suena Maggie St. James —responde con un gruñido. Arruga la nariz ancha y me mira a los ojos, con el blanco de los suyos amarilleados por la nicotina—. ¿Es de un periódico?

Niego con la cabeza.

—¿Poli?

Vuelvo a sacudir la cabeza.

Pero no parece importarle. Sea lo que fuere, policía o periodista, sigue hablando:

—Desaparece una mujer y este lugar se convierte en un maldito espectáculo, como si esto fuera una película para la televisión: helicópteros y perros de búsqueda por todo el bosque que no han encontrado absolutamente nada. Han rebuscado en la basura y en los garajes de los vecinos, como si supiéramos lo que le ha pasado a esa mujer y no dijéramos nada. —Se cruza de brazos. Es un amasijo de huesos y piel arrugada que le cuelga del cuerpo, parece una serpiente que se desprende de la piel que ya no le sirve—. Somos personas honestas aquí, os contamos lo que pensamos aunque no nos preguntéis. Esos agentes de policía han vuelto a todo el mundo paranoico, moviéndose en la noche con las linternas, mirando por las ventanas de gente honrada. La mayoría no hemos salido de casa en se-

manas, los polis nos han hecho creer que hay un asesino por aquí, acechando. Y todo para nada. No han descubierto nada. Y todo por una mujer a la que ni siquiera conocíamos. –Al decir esto, asiente con la cabeza, con los labios apretados, como para dar énfasis a ese hecho.

Puede que los vecinos de este pueblo no conocieran a Maggie St. James cuando se presentó en su comunidad y de pronto se esfumó, pero mucha gente de fuera sí. Maggie St. James ganó mala reputación hace unos diez años, cuando escribió un libro infantil titulado *Eloise y el zorro: zorros y museos*. A ese le siguieron cuatro libros más y el público feroz criticó que sus historias eran demasiado oscuras, macabras y siniestras, y que estaban motivando a los niños a que huyeran de sus casas y se internaran en los bosques en busca de algo llamado «subsuelo», una ubicación ficticia que aparece en la serie. Supuestamente, el subsuelo transformaba a un niño normal en una criatura sobrenatural, oscura y malvada. Una cita en particular de una revista literaria de renombre decía: «La versión de St. James del cuento de hadas moderno contiene más pesadillas que sueños; sus historias hacen que los niños no solo teman la oscuridad, también la luz del día. No leería esto a un asesino en serie, mucho menos a mi hijo».

Poco después de que saliera publicado el quinto libro, un niño de catorce años llamado Markus Sorenson se internó en un paraje salvaje de Alaska en busca de este subsuelo y murió de hipotermia. Encontraron el cuerpo siete días después. Recuerdo el caso porque recibí una llamada de un detective de Anchorage que me preguntó si podía ayudar en la búsqueda del niño. Pero lo encontraron en la entrada de una pequeña cueva rocosa al día siguiente con la piel más blanca que la nieve que lo rodeaba. ¿Habrá pensado en aquellos últimos minutos, cuando el delirio del frío le hiciera sufrir alucinaciones, que había encontrado el subsuelo?

Tras la muerte del niño, Maggie St. James dejó de ser tan popular, y con razón. Según Wikipedia, había planes de publicar un sexto libro de la serie *Eloise y el zorro*. Ese libro no se escribió nunca porque la autora, Maggie St. James, desapareció.

—¿Recuerda haberla visto por aquí? —pregunto a la mujer, cuyas venas azules resaltan bajo la piel cerosa de la garganta.

Enarca una ceja, como si la hubiera ofendido al sugerir la posibilidad de que no recordara algo así cinco años después. Sé que Maggie St. James paró en Timber Creek porque estaba en el informe policial, así como una declaración de una cajera sin nombre.

—En el mejor de los casos, no era alguien memorable —contesta la mujer. Cierra los ojos y vuelve a abrirlos, tiene pegotes de máscara en las pestañas finas—. Pero, por suerte para la policía y para usted, yo me acuerdo de todo el mundo. —Mira las ventanas grasientas de la fachada, como si el recuerdo estuviera allí, a su alcance. La nieve se agolpa contra el cristal—. Llenó el depósito de gasolina y compró un paquete de chicles de fresa, abrió el paquete y se comió uno aquí mismo, antes incluso de pagarlo. Después me preguntó por un granero rojo. Si sabía dónde podía encontrar uno por la zona. Por supuesto, le hablé del viejo Kettering, a unos kilómetros siguiendo por la carretera. Le avisé que estaba prácticamente derruido, que era un lugar al que suelen ir los chicos a beber, y que llevaba en desuso unos veinte años. Le pregunté para qué quería ir a ese lugar, pero no respondió. Se marchó sin dar siquiera las gracias. A la mañana siguiente encontraron su automóvil abandonado. —Resopla y vuelve la cara hacia las ventanas. Me da la sensación de que quiere hacer algún comentario sobre lo maleducadas que son algunas personas de ciudad, pero se contiene por si acaso yo soy de ciudad. No lo soy. Y, por lo que sé de Maggie St. James, tampoco ella.

Carraspeo. Espero que haya algo más en sus recuerdos y busco la pregunta correcta para que lo comparta conmigo.

—¿Ha oído a alguien hablar de ella desde entonces? —pregunto, evitando lo que de verdad quiero preguntar—. ¿Alguien que la haya visto, que recuerde algo?

—¿Se refiere a alguien que recuerde haberla matado? —Descruza los brazos y tuerce la boca hacia un lado.

Dudo que haya un asesino en serie en la zona (se habría informado de otras desapariciones), pero tal vez haya alguien retraído, que viva solo en el bosque, alguien que quizá no haya matado antes, pero solo porque no se le ha presentado la oportunidad... hasta que Maggie llegó al pueblo. Alguien que estuviera cazando ciervos o conejos, y una bala perdida acabara en una mujer de pelo corto y rubio, una mujer de cuyo cuerpo había que deshacerse, quemándolo o enterrándolo. Los accidentes pueden convertir a las personas en enterradores.

—No puedo decirle que a algunos de por aquí no les falte un tornillo o no tengan telarañas en las orejas, pero no son asesinos. —La mujer sacude la cabeza—. Y le aseguro que no son capaces de mantener la boca cerrada. Si alguien mató a esa chica, ya lo habría dicho. Y enseguida lo sabría todo el pueblo. No se nos da muy bien guardar secretos.

Aparto la mirada y vuelvo a fijarme en la cafetera y los vasos de papel. *¿Me arriesgo?* Pero la mujer vuelve a hablar, con una ceja que parece un palillo de dientes enarcada. Parece a punto de compartir conmigo un secreto.

—A lo mejor quería perderse, empezar una vida nueva. Eso no es delito. —Desvía la mirada al paquete de tabaco que está junto a la caja registradora y el mechero morado que hay encima. Necesita fumar.

Asiento, porque puede que tenga razón sobre Maggie. Las personas a veces desaparecen, no porque las hayan secuestrado o asesinado, sino porque quieren desapare-

cer. Y Maggie tenía motivos para huir de su vida, para perderse en el vacío de carreteras infinitas, pueblos pequeños y lugares que la mayoría no suele visitar.

A lo mejor estoy buscando a una mujer que no quiere que la encuentren.

Detrás de la caja registradora, la mujer al fin toma el paquete de tabaco y lo arrastra por el mostrador hasta que queda en el borde.

–Posiblemente sea mejor dejarlo así, dejar que la mujer desaparezca si es lo que ella desea.

Por un momento nos miramos a los ojos, como si compartiéramos palabras silenciosas, como si ambos hubiéramos sentido lo mismo en algún momento de nuestra vida: el deseo de perdernos.

Pero entonces su expresión cambia; arruga la piel de alrededor de la boca, como un albaricoque seco, y en sus ojos florece la desconfianza, como si de pronto fuera consciente de quién soy, de quién soy de verdad, y por qué he venido a hacer preguntas después de todos estos años.

–¿Es un detective privado? –Vuelve a tomar el paquete de tabaco y saca un cigarro.

–No. –Me acaricio la barba por la parte de la mandíbula. Empiezo a notar demasiado calor dentro de esta tienda húmeda.

–¿Y por qué viene hasta aquí en mitad del invierno para preguntar por esa mujer? ¿Es su novio?

Niego con la cabeza y noto un zumbido detrás de los ojos, ese dolor que ya conozco y que intenta enviarme al pasado. Me estoy acercando a Maggie, lo noto.

La mujer aprieta los labios, formando una línea, como si viera la incomodidad en mis ojos, y retrocedo un paso antes de que me pregunte qué me pasa.

–Gracias por su tiempo –le digo, asintiendo.

Ella se queda con la boca abierta, como las fauces de un animal salvaje que va a alimentarse, y me mira mientras retrocedo hasta la puerta y salgo a la noche.

La ráfaga repentina de aire frío es todo un alivio. La nieve y el viento en la piel sobrecalentada.

Pero la cabeza sigue zumbándome por la necesidad de café, de sueño... pero también por la agobiante seguridad de que me estoy acercando. Esta gasolinera fue el último lugar en el que se vio a Maggie St. James antes de que desapareciera, y me zumban los oídos con esa certeza.

Vuelvo a entrar en la camioneta y me llevo la mano a la sien.

Podría tomarme un puñado de aspirinas, tumbarme en una cama que no huela a detergente industrial de motel, sentir la calidez de todas esas sensaciones familiares. Me apetecen cosas que he olvidado cómo conseguir. Una vida antigua, tal vez. Es la necesidad de algo que perdí hace tiempo. Una vida buena, honrada y desprovista del dolor abrumador que habita en mi interior ahora.

Los neumáticos de la camioneta derrapan en el hielo, los limpiaparabrisas se mueven a izquierda y derecha; salgo del aparcamiento de la estación de servicio y me incorporo a la carretera. Miro por el espejo retrovisor y compruebo que la mujer me observa desde la ventana de la tienda, su rostro es de un extraño tono azulado por las luces de neón parpadeantes.

¿Vio Maggie St. James hace cinco años esa misma cara y aceleró? ¿Sintió el mismo escalofrío por la columna hasta el coxis?

¿Sabía que estaba a punto de desaparecer?

Los faros de la camioneta iluminan tan solo unos metros por delante en la oscuridad, el asfalto helado, parecido a un río negro sin el resplandor de la luna, y proyectan lazos de color blanco amarillento en los árboles cubiertos de nieve que se comban como si fueran brazos y gotean.